

mo lo experimentaron á menudo los austriacos, pues los generales rusos, teniéndolo en cuenta, no quisieron nunca que sus ejércitos se expusieran á tener ninguna baja de consideracion. Muerta Isabel, los rusos recibieron inmediatamente la orden de no proseguir la campaña, y el emperador declaró á los aliados, en 23 de febrero de 1762, que deseaba la paz y que renunciaba á toda conquista. En efecto en marzo se firmó un armisticio y en 5 de mayo un tratado de paz entre la Rusia y la Prusia.

Rusia devolvió las comarcas prusianas conquistadas y garantizó á Federico la posesion de Silesia. Proyectóse además una alianza con Prusia y el general ruso Chernicheff, que pocos meses antes habia abandonado á Laudon, salió en 2 de junio de Thorn para reunirse con Federico II. Suecia tambien firmó con Prusia la paz, y como Francia la deseaba asimismo, la gran coalicion, que con tanta habilidad habia combinado Kaunitz, se deshizo completamente. María Teresa y Kaunitz se encontraban solos en la lucha contra Prusia, y comprendieron que no era posible la desmembracion que habian ideado de las comarcas prusianas. Por esto lucharon únicamente para conservar, por lo menos, el condado de Glatz ó la parte de Silesia que estaba en poder de las tropas austriacas. Pero la campaña de 1762 no fué propicia á sus deseos. Daun recibió el mando de Silesia y el mariscal Serbelloni el de Sajonia, teniendo éste á sus órdenes al príncipe Carlos de Stolberg que mandaba un cuerpo del ejército imperial. A pesar de su superioridad numérica, los austriacos nada consiguieron. El príncipe Enrique de Prusia logró dividir las tropas austriacas y las alemanas, arrojando á estas últimas hasta la Franconia. En Silesia, Daun, despues del combate desgraciado de Burkersdorf (21 de julio), se vió obligado á evacuar sus posiciones de Schweidnitz, sin poder evitar el cerco de esta fortaleza, y conservó únicamente la posesion de una pequeña parte de Silesia y la del condado de Glatz. Los últimos sucesos de la guerra fueron la rendicion de Schweidnitz á los prusianos (9 de octubre), y la batalla de Freiberg, en Sajonia (29 de octubre), en la cual fueron derrotadas las tropas imperiales y una parte de las austriacas. «Todo esto me hace temblar, y cada dia veo empeorarse nuestra situacion,» escribia María Teresa, la cual hubo de tolerar que Federico II estableciera sus cuarteles de invierno en Leipzig y que sus tropas penetraran en Franconia y llegaran hasta Nuremberg y Regensburg. Las noticias que del ejército francés se tenian eran todavía peores; pues habia tenido que abandonar el Hanover y Hesse y en 15 de noviembre habia firmado un armisticio con los prusianos. A pesar de todo, las esperanzas concebidas por Federico II de obligar al Austria, con auxilio de los rusos, á firmar la paz, no se vieron realizadas. Pedro III de Rusia fué destronado en 9 de julio y asesinado á los ocho dias; y aunque la emperatriz Catalina que le sucedió conservó las buenas relaciones con Prusia, se negó á tomar parte en la guerra.

María Teresa tenia indudablemente medios bastantes para continuar la guerra contra Prusia; pero, del mismo modo que sus aliados, estaba cansada de luchar, además de que la hacienda austriaca necesitaba que cesara por algun tiempo toda política belicosa. La guerra costaba anualmente unos 50 millones; la deuda pública se habia aumentado desde 1761, en 88 millones, á pesar de que Francia desde 1759 habia pagado 82.600.000 libras de subsidios (1). La poblacion habia sufrido tambien importantes pérdidas; pues el Austria, sin contar con los soldados muertos en las fortalezas, en los hospitales y en el cautiverio, habia perdido en las batallas de 80 á 100.000 hombres.

(1) Schlosser, II, 317.

Desde que Inglaterra, Francia y España firmaron, en 3 de noviembre, los preliminares, deseó tambien María Teresa firmar cuanto antes la paz con Prusia, valiéndose para ello de la mediacion de Sajonia que era la que mas la necesitaba. Un patriota alemán, el baron de Fritsch, consejero secreto sajón, supo inducir á Federico II á que firmara la paz, comenzando las negociaciones en 30 de diciembre de 1762 en el castillo sajón de Hubertsburgo (2), siendo el consejero áulico Collenbach, el consejero de la legacion Hertzberg y el baron de Fritsch los representantes de Austria, de Prusia y de Sajonia respectivamente. Hubo diversidad de pareceres en los siguientes puntos: devolucion del condado de Glatz, reversion de Ansbach y Baireuth al Brandeburgo, y eleccion del archiduque José para rey de Romanos; pero por fin el Austria cedió en los dos primeros y Prusia en el último. A la consulta que le dirigió Collenbach, contestó María Teresa: «Apruébese todo cuanto pueda contribuir á la pronta resolucion de este asunto,» y en efecto, en 15 de febrero de 1763 se firmó la paz de Hubertsburgo entre Austria, Sajonia y Prusia. Esta y el Austria se garantizaron mutuamente la posesion de sus respectivas comarcas alemanas; se ratificaron los tratados de paz de Berlin y de Dresde; María Teresa renunció al condado de Glatz y el rey de Prusia prometia, en cambio, apoyar con su voto la eleccion del archiduque José. La Sajonia y todo el Imperio alemán entraron en el tratado de paz, pero Sajonia, á pesar de todos los esfuerzos del Austria, no pudo obtener compensacion alguna de los sacrificios hechos durante la guerra. El territorio fué evacuado y el elector regresó á su país, donde murió pocos meses despues.

La consecuencia inmediata de esta guerra fué la eleccion del archiduque José como rey de Romanos, que en vano habia pretendido María Teresa en años anteriores. Por los buenos servicios de Federico II consiguieron en esta eleccion la unanimidad que hacia tiempo no se habia visto, pues en la de Carlos VI faltó el voto de Baviera, en la de Carlos VII el de Bohemia y en la de Francisco I los de Brandeburgo y el Palatinado. José II fué elegido, en 27 de marzo, por los nueve electores, verificando dos dias despues con los archiducos su entrada triunfal en Francfort, en cuya ciudad se habian reunido, hacia meses, un gran número de electores, ministros, embajadores y cortesanos para prestar homenaje y asistir á la fiesta de la coronacion, que se celebró con toda la antigua pompa alemana. Los electores de Maguncia y de Colonia fueron los que mas llamaron la atencion por el fausto que en aquella ocasion desplegaron. De Austria acudieron el príncipe Wenceslao de Liechtenstein, como comisario imperial; Bartenstein, como comisario de la corona; el conde Pergen, como embajador en las posesiones avanzadas alemanas; el conde Waldstein, como emisario electoral bohemio; los príncipes Auersperg, Esterhazy y Schwarzenberg; el canceller del Imperio, conde Colloredo; el intendente mayor de palacio, conde Khevenhüller, y una multitud de jóvenes de la nobleza. La comitiva y el acto de la coronacion (3 de abril de 1763) produjeron una impresion admirable, á pesar de ser ya tradicional el lujo que la corte austriaca desplegaba en estas ceremonias. En la comitiva iban el emperador y el rey de Romanos, llevando este último con majestuoso porte la corona que le estaba un poco ancha. Por vez primera podia José II regocijarse del júbilo popular, y escribió despues á su madre: «Voy á hacer todo lo posible para que el pueblo no se arrepienta nunca de la alegría que experimenta por tenerme por soberano.» Al dia siguiente de la coronacion, nombró el emperador, para conmemorar la

2) Beaulieu-Marconnay, *La paz de Hubertsburgo*, 1871.

fiesta, gran número de príncipes del Imperio, contándose entre ellos los condes Rodulfo, Colloredo, José Khevenhüller, Carlos Batthyany y Wenceslao Kaunitz, el canceller de Estado. La corte salió de Francfort el dia 10 de abril, dirigiéndose á Viena.

Los resultados de la guerra de Siete años no fueron favorables al Austria, á causa de la fragilidad con que habia sido organizada la coalicion, de la inseguridad en el gobierno ruso y en el nombramiento de los generales que no pudieron resistir á la maestría que en el arte de la guerra mostró Federico II.

La Prusia no habia perdido ninguna porcion de territorio, mientras que el Austria no pudo conservar siquiera el condado de Glatz que sus tropas habian ocupado. Bajo el punto de vista político, tampoco debió de quedar el Austria muy contenta del éxito de la lucha, por mas que sus hombres de Estado hubiesen considerado como una fortuna el tratado de paz. Federico II se habia conquistado entre los alemanes la fama de un héroe nacional, y la admiracion con que se le contempló hizo olvidar la miseria y las calamidades que el pueblo sufría y las violencias cometidas en Sajonia. La nueva política que desde 1756 habia adoptado el Austria hizo que María Teresa apareciera como una soberana ambiciosa de conquistas, no obstante que su deseo se limitaba á reconquistar territorios que de antiguo habian sido su patrimonio y que por la guerra le habian sido arrebatados. Con profunda pena, pero sinceramente, renunció á toda esperanza de reconquistar la Silesia, y conservó un natural horror hacia toda ulterior guerra, á pesar de haberse cruzado Prusia varias veces en su camino. Ambos soberanos dedicaron su preferente atencion á cicatrizar las heridas causadas por la guerra y á fomentar la prosperidad del pueblo por medio de la agricultura, del derecho y de las leyes.

III.—LA CORTE Y LOS MINISTROS

Cualidades características de María Teresa.—Hofburgo, Schonbrun y Laxemburgo.—Francisco Estéban, gran Duque de Toscana y emperador alemán.—El Archiduque José y sus esposas.—Ulefeld, Bartenstein y Federico Harrach.—El canceller de Estado, Kaunitz.—El conde Chotek y el conde Hatzfeld

Pocas reinas han dado tantas pruebas de abnegacion, de confianza y de cariño como María Teresa (1). Los embajadores extranjeros, venecianos, prusianos y holandeses hablan á menudo de su talento, de su carácter, de su valor y de su profundo y recto juicio en las cosas públicas. Al comenzar su reinado la miraron como una joven débil y tímida; ¡cuán diferente se mostró despues! Se puso al frente del Estado como no lo hubiera hecho quizá un hombre y lo condujo segura y enérgicamente así en la prosperidad como en la desgracia. No habia ambicionado el poder. «Con júbilo, decia en un escrito, hubiera sido simple gran duquesa de Toscana, si hubiese creido que así lo queria Dios; pero ya que me designó para llevar esta pesada carga del gobierno, he tenido por máxima el ayudarme y dirigirme allí donde pudiera encontrar algunos recursos, considerando que así lo debia hacer.»

Este sentimiento del deber, las devotas creencias, el noble orgullo y la confianza en la fuerza dinástica, han sido los rasgos característicos de los Habsburgos, y María Teresa

(1) Ranke, *Revista histórico-política*, 1835, II, 690 (Delos papeles del gran canceller Fürst). Podewils, *Relaciones de 1746 á 1748*. Memorias de la Real Academia de Viena, 1850. Arneth, *María Teresa y las relaciones venecianas*, fontes XXII, 1863. Adolfo Wolf, *El Austria en el reinado de María Teresa*, 103 76.

aventajaba á la mayor parte de sus antecesores por su tenaz perseverancia, por su carácter abierto y por el talento con que sabia tratar á las personas. Nunca se apoderó de su corazon el enervante é inútil desaliento, ni aun en los momentos en que la suerte se le mostró mas adversa. Las lágrimas que en la Dieta de Presburgo derramó fueron lágrimas de emociion, no de desesperacion ni de temor. Su mayor gusto hubiera sido haberse encontrado en los campos de batalla. Durante la primera guerra, y cuando la abandonaron sus aliados, queria proseguir la lucha. En aquellos años de afliccion, habia aprendido á amar y á aborrecer y se habia familiarizado con el difícil arte de disimular y de proceder con egoismo. En la política exterior, cuando se violaban los tratados y las garantías, se escudaba en «la bondad de sus derechos,» y entonces perdió la confianza que le habia inspirado el arepago de las potencias europeas. La alianza con Rusia y Francia hizo renacer su fe en los aliados y le devolvió la tranquilidad y la esperanza. Sus ideas sobre la monarquía y sobre el poder de los monarcas pertenecian á los confines de dos épocas; habia heredado los sentimientos absolutistas de sus antecesores, pero su absolutismo no era el caprichoso despotismo de Luis XV, ni el poder militar de un déspota como Federico II. Armonizaba los intereses de su dinastía con los del Estado. «Así como quiero á mi familia y á mis hijos, escribia, hasta el punto de no dolerme para ellos diligencia, pena, cuidado, ni trabajo alguno, así tambien procuro hacer todo el bien posible al país, porque creo que debo procurar su bienestar, por ser la madre comun de mis súbditos.» No tenia aficion ninguna á las reformas, pero no se negó, cuando fué necesario, á cambiar y á mejorar algunas cosas. Ella fué el primer Habsburgo que puso al Imperio por encima de las provincias, al Estado por encima de la representacion provincial, es decir al todo por encima de las partes. No centralizó la Constitucion, sino la administracion, y esto para robustecer la fuerza militar y agrícola del Estado, consiguiendo que se reconociese al Austria como una monarquía con la comunidad de intereses de los pueblos austriacos. Las provincias se sometieron á la soberanía del nuevo Estado y del nuevo gobierno, que en un principio habian sido mirados como carga insoportable, en provecho del bienestar y de la libertad comunes. En la misma Hungría, donde reinó desde 1765 María Teresa como reina absoluta, prevaleció el sentimiento de la comunidad y de la sumision.

En el Austria alemana, los Estados, especialmente la nobleza, se sometieron incondicionalmente á la voluntad de la emperatriz. El ejército la rodeó de una popularidad militar; el clero reconoció sus sentimientos religiosos y su respeto hacia el poder de la Iglesia, y el pueblo la miraba con entusiasmo, con amor y con respeto. Su gobierno consiguió grandes éxitos en el exterior y en el interior. «Cuando la emperatriz María Teresa subió al trono, escribia en 1755 el gran canceller Fürst, lo encontró todo en el mayor desorden; y una guerra de ocho años no era lo mas á propósito para levantar la hacienda. ¿Qué otro soberano hubiera podido llevar las cosas al punto en que hoy las vemos? Aun en los tiempos futuros se reconocerá que María Teresa fué una de las mas grandes reinas del mundo: la casa de Austria no ha tenido otra igual.»

Una gran parte de los triunfos que consiguió fueron debidos á su amable y animada personalidad: los retratos que han pintado Möller, Meytens y Mateo Donner, son contemplados aun actualmente con interés y admiracion: los mas bellos son los de Meytens y su escuela (1747-1760) y en ella se ve un rostro redondo y agraciado, con ojos grises, una boca correctamente dibujada, una frente despejada y una barba redonda: un velo echado hacia atrás cubre sus

ondulosos cabellos un tanto empolvados. El color de su cara es blanco y sonrosado. Lleva un vestido azul con bordados de oro y mangas de encajes: tiene una mano extendida, cual si fuese á dictar alguna orden, y la otra la apoya en una mesa junto á la corona húngara. Su actitud refleja noble dignidad y en ella casi desaparece la animacion de los años juveniles. Los retratos posteriores á 1765, la muestran como viuda,

vestida de negro con una cofia que cubre sus cabellos alisados. En estos retratos está un poco mas gruesa; sus facciones han tomado rasgos varoniles y su mirada es fria y penetrante. La edad, las enfermedades, los partos, los desengaños y la experiencia han agostado los atractivos de la juventud, pero su belleza se conservó hasta edad avanzada. Cuando jóven, hablaba con animacion y acompañaba la expresion con ani-



Federico conde de Harrach. (Copia del retrato hecho por Schomburg en 1749)

madras palabras; cuando sentia disgusto, cólera ó indignacion, sus frases se sucedian precipitadamente unas á otras. Su alma se indignaba cuando sus ideas no volaban rápidamente á su objeto, ó cuando veia una injusticia, pero con igual facilidad recobraba la calma.

Así como su padre y su abuelo sentian horror hácia toda publicidad y se rodeaban de una aureola de honores y de consideraciones, María Teresa rompió todas las fórmulas de la etiqueta y procedió segun sus naturales impulsos. Así sucedió, por ejemplo, en Presburgo, cuando en 1741 tomó de encima de la mesa la pesada corona húngara y se la puso; en 1745, en Francfort, cuando desde la sala del consejo gritó al pueblo: «¡Viva el emperador Francisco!» y en 1768 cuando salió á la tribuna del castillo y al parterre, exclamando: «¡Leopoldo tiene un niño!» Esta cordial franqueza la encontramos también en sus cartas. No podia soportar ideologías

ni pensamientos abstractos, y no se sumergia nunca en profundas investigaciones. La ciencia y el arte eran miradas por ella solo con condescendiente atencion, recibiendo en cambio con gozo los homenajes de los poetas patrióticos: la poesía idealista no era de su gusto. La filosofía y sus disquisiciones le inspiraban horror. En una carta de 1779 se jactaba de tener el carácter de otro siglo. Su religiosidad fundada en íntimas y firmes creencias, le habia dado valor en los momentos de prueba y por ella creia haber conseguido el auxilio divino. «Cuando el brazo fuerte de Dios comenzó á dejarse sentir evidentemente para mí...» escribia refiriéndose al año 1742. Cumplia rigurosamente todos los deberes religiosos y asistia á todas las romerías, procesiones y peregrinaciones que habian instituido sus antepasados. En la mayor parte de los asuntos, se sometia al parecer de la Sede romana y, llevó de nuevo el título de reina apostólica

de Hungría. Protegió á los monjes y á los jesuitas, pero no quiso tomar confesor entre ellos ni permitió que se acercaran á sus hijos. La religion católica era para ella la única salvadora, y para el Austria la verdadera religion del Estado. Mostró enérgica tolerancia contra los protestantes y los judíos, arrojando á estos últimos, en 1744, de Praga y de Bohemia, cuya decision á duras penas pudo conseguirse que fuera revocada. En 1754 se restableció una patente de Carlos VI que castigaba severamente la apostasia. Las emigraciones forzadas de protestantes á Hungría y Transilvania, se reprodujeron entonces en gran número. La comision religiosa del Austria interior se apoderó de los libros de los protestantes y les prohibió propagar sus doctrinas. Solo en los últimos años de su vida María Teresa cesó en esta persecucion y se mostró mas tolerante.

Además la emperatriz estaba animada del más delicado sentimiento de lo virtuoso y moral: procuraba la paz y el honor del hogar y deseaba la disciplina y la honradez en todas las familias. En este punto mostró un celo hasta excesivo: sus comisiones de castidad fueron célebres por los malos resultados que dieron, pues los matrimonios, que en gran número combinaron, no siempre produjeron resultados satisfactorios. No leia libro alguno, pero en cambio se entregó á la lectura de centenares de documentos sobre negocios de Estado, algunos de los cuales parecian verdaderos libros. Su actividad era notabilísima; para todo tenia tiempo, lo mismo para los negocios de gran trascendencia que para los asuntos insignificantes, y los embajadores extranjeros no cesaban de admirarla. Escribió mucho: cartas, billetes y mandatos concisos á sus hijos y ministros, y á personajes extranjeros de ambos sexos (1). Muchos de sus escritos han sido impresos y llenan varios tomos, y en ellos se refleja el alma de María Teresa y se encuentra la descripción de su vida íntima. Las órdenes á los ministros las escribia á menudo en pequeñas tiras de papel: por su consejo ponía además del *placet* algunas palabras relativas al modo de ejecutar las órdenes. Sus frases eran mitad francesas, mitad alemanas y llevaban bastante mala ortografía; pero eran claras, terminantes y precisas. La mayor parte de sus cartas están escritas en francés, aunque pensadas en alemán. Durante su juventud, fué muy aficionada á los ricos trajes y prendidos, á la compañía alegre, al juego y al teatro: tenia bastantes conocimientos musicales y en familia cantaba algunas cancioncitas italianas, especialmente en el año 1743 y siguientes, cuando hubieron pasado los primeros peligros de la guerra. Hasta los años de 1753 y 1760 se celebraron alegres fiestas en su palacio. Había bailes, paseos en trineo y carreras de carruajes, y los niños de su familia representaban escenas mitológicas, óperas y comedias: Metastasio escribia los libretos y Gluck componia la música y se consideraba como una alta distincion el ser invitado á estas fiestas de familia.

La corte de Viena era entonces la corte alemana: su aristocracia era rica, la etiqueta no era exagerada, y el lujo reinaba por doquier. La corte estaba organizada todavía segun las antiguas formas francesas en las cuales iban á confundirse las antiguas alemanas y austriacas. Cada archiduque y cada archiduquesa tenian, al llegar á la mayor edad, su corte particular, y llevaban desde el año de 1755 el título de Alteza Real. El número de cortesanos y de empleados y criados de la corte era extraordinario. Sin embargo, despues de la muerte del emperador, solo se celebraban grandes fiestas en determinadas ocasiones, como en los dias de año nuevo, y de carnaval, en la boda de algun individuo de la familia real y

en la recepcion de algun príncipe. María Teresa se dió cada día mas al trabajo, y las diversiones no le producian ya contento alguno. En uno de sus escritos, se queja de que sus antecesores Carlos VI y Leopoldo I fueron demasiado pródigos y de que los ministros explotaron aquel defecto de sus soberanos. A sus descendientes les advertia que «no disiparan demasiado dinero en diversiones ni en hacer alarde de esplendor y de magnificencia;» pero ella era la primera en quebrantar esta máxima, hasta el punto de que un embajador prusiano decia en 1751: «Si la emperatriz sigue de este modo, no logrará seguramente reunir los tesoros que su esposo.» El cambio de ministerio efectuado en 1753 costó cerca de un millon de florines (2); pues Bartenstein recibió 100,000, Taroucca, dos años despues, otro tanto y Ulefeld, además de percibir toda su paga de 40,000 florines, obtuvo un presente de 100,000: además la construccion de una casa para el conde Chotek, costó á la emperatriz 300,000 florines y los arreglos que para el conde Hangwitz hubieron de hacerse en la cancellería de Bohemia importaron 240,000. El príncipe José Khevenhuller recibió también 250,000 florines é igual cantidad se concedió en 1757 al mariscal Daun. La emperatriz hacia muchos regalos: Heuchler y Abtrunnige le sacaban fuertes sumas; y nunca salia de palacio sin llevar consigo algunas monedas de oro que distribuia entre los pobres y los soldados. El resultado de todo esto era que la emperatriz gastaba anualmente seis millones, cuando al rey de Prusia le bastaban 340,000 florines. José II posteriormente fué el primero que disminuyó los gastos de la corte. Raras veces se emprendian grandes viajes, y aun estos se hacian por causas políticas, como aconteció con los que se hicieron á Presburgo, Praga y Francfort, para la coronacion, los que se verificaron á Hungría con motivo de la celebracion de las Dietas, y el que en 1765 se hizo á Innsbruck con ocasion de las bodas del archiduque Leopoldo.

Durante el invierno, María Teresa vivia en Viena, en el antiguo palacio, que todavía lleva el nombre de castillo, á pesar de que estaba lleno de sepulcros y de que los balcones y las puertas aparecian rotas, como los apoyos y barreras de la monarquía feudal. El castillo tenia, con las construccion de Carlos VI y Leopoldo I, la misma forma que actualmente conserva. El antiguo castillo, que fué modernizado por Fernando I, comprendia el edificio de Leopoldo, el castillo de Rodolfo ó palacio de Amalia y las construccion de Carlos VI, á saber «la cancellería del Imperio, la escuela de equitacion y la biblioteca de la corte. María Teresa añadió á ellas el salon de bailes y conciertos y el teatro (3), y pensaba reconstruir el castillo segun los planos de Carlos VI. El conde Taroucca le propuso reunir el Belvedere, la Favorita y los jardines contiguos formando con ellos una nueva y colosal residencia, plan que no pudo realizarse por haber estallado la guerra de Siete años. María Teresa y su esposo, en cambio, se esforzaron en hermosear por todos los medios las residencias de verano llamadas Schönbrunn y Laxemburgo, á donde se trasladaba la corte desde fines de abril, con gran descontento de los cortesanos que encontraban aquellos sitios reales todavía demasiado frios é incómodos. Schönbrunn, el Versalles austriaco, tal como actualmente lo conocemos, es una creacion de María Teresa. Maximiliano II adquirió aquella posesion y el emperador Matías le dió el nombre de Schönbrunn (Fuente hermosa) y puso en sus prados un jardin zoológico. En el centro, se levantaba una pequeña casa de caza, con dos pisos, una torre y una capilla, conocida antiguamente con el nombre de Kater

(1) Arnoeth, *Cartas de la emperatriz María Teresa á sus hijos y amigos*, tomo 4.º, 1881

(2) Adolfo Wolf: *De la vida cortesana de María Teresa*, 2. Edicion de 1858. 53.

(3) F. Weller: *Castillos y palacios imperiales*, 1880.